

quæ possunt te à peccatis ad justitiam revocare. IDEM. HOM. LXIX.

Tunc primis Ecclesiæ temporibus domus erant ecclesiæ; nunc ecclesia est domus, vel potius quavis domo deterior. IDEM, IBID.

Stat sacerdos Deo offerens orationem cunctorum, tu autem rides? Nihil times? Non contremiscis? IDEM, HOM. 15 IN EP. AD HEBR.

Hinc et illud quoque accedat, ut omnium pene mentium insitum sit, naturaliterque persuasum quæ Deo semel dedicata sunt, ea neque profanari, neque ulla hominum insolentia, Deo obtinente, posse attingi. Quo enim pacto fieri queat, ut ea polluantur, quæ suapte natura semper sunt munda, cæteraque emundant omnia? CONCIL. EPHES. L. V, 21.

Noluit Christus in domo sua terrene negotiationis opus... quid ergo putamus faceret Dominus si rixis dissidentes, si fabulis vacantes, si risu dissolutos reperi- ret? BEDA IN CAP. 2 JOANN.

Véase: BENDICION DE IGLESIA, y BENDICION DE LA PRIMERA PIEDRA DE FÁBRICA DE UNA IGLESIA.

Santo, el recuerdo de los mártires, la reunion de los fieles y varias ventajas que pueden llevarte del vicio á la virtud.

En los tiempos primitivos, las casas de los fieles eran como iglesias; ahora la iglesia es como una casa, y quizá peor, que cualquier casa particular.

El sacerdote está ofreciendo á Dios las oraciones de todos los fieles, ¿y tú entretanto ries? ¿Nada temes? ¿Y no tiembles de miedo?

Procúrese tambien inculcar en los ánimos de todos, y persuadirles por medio de la razon, de que, con el auxilio de Dios, no ha de llegarse jamás á profanar por ningun acto de irreverencia los objetos que una vez fueron consagrados á Dios. Porque ¿cómo podría tolerarse la profanacion de los objetos, que de sí son santos y eficaces para santificar á todos los demás?

Cristo no quiso tolerar en su templo negociaciones terrenas... Pues ¿qué hubiera hecho si hubiese encontrado allí hombres que reñían, ó que estaban en conversacion, ó se estaban riendo?

DEFECTOS.

Omne, quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ.

Todo lo que hay en el mundo, es concupiscentia de la carne, concupiscentia de los ojos, y soberbia de la vida.

(1 Joan. XI, 16.)

Jesucristo, en una de las admirables parábolas de que se servía para instruir al pueblo, compara el reino de los cielos á un hombre, que sembró buena simiente en su campo; y dice, que al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo. En esta parábola tenemos la historia de lo que sucede en toda sociedad cristiana. Dios siembra la buena simiente en abundancia; pero miéntras uno se entrega al descanso, viene el enemigo, y siembra la cizaña en medio del trigo. Despues, cuando el trigo está ya en yerba y apunta la espiga, descúbrese la cizaña; y los criados del padre de familia acuden á él, y le preguntan si quiere que arranquen este fruto de maldicion: *Vis imus, et colligimus ea?*... *Non: ne forte, colligentes zizania eradictis simul cum eis et triticum.* No, les contesta el padre de familia, porque no suceda que arrancando la cizaña, arranqueis juntamente con ella el trigo. Sin embargo, no se debe inferir de esta respuesta, que se han de dejar en el alma los defectos, que germinan en ella; sino que, para arrancarlos, es necesaria la prudencia. La necesidad de extirpar estos malos gérmenes, se deduce claramente de las siguientes terribles palabras del padre de familia: «Al tiempo de la siega yo diré á los segadores: coged primero la cizaña, haced gavillas de ella para el fuego.» La salvacion eterna de nuestrás almas depende, pues, de la extirpacion de sus defectos: y es de la más alta importancia, conocer cuales son los defectos, que en ella han echado hondas raices. Creo,

pues, hacer una cosa sumamente útil, instruyéndoos acerca de estos defectos; es lo que me propongo en el presente discurso. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Pocos son los que se conocen á sí mismos, y conocen sus defectos. Para facilitaros los medios de conocerlos á vosotros mismos, os haré algunas observaciones generales. Entre los defectos que tal vez han echado hondas raíces en vuestro corazón, hay algunos que no los conoceis, otros que no los queréis conocer, otros, en fin, que los conoceis, pero que os disgusta corregirlos de ellos.

En primer lugar, hay defectos que no los conoceis, y esto, no cabe duda, os es perjudicial. Estos defectos germinan, echan raíces, se fortifican, se extienden, y poco á poco, se apoderan de vuestra alma; y cuando hayan dado frutos amargos, será demasiado tarde para arrancarlos. En la juventud, los defectos, tiernos aún, ceden fácilmente á los esfuerzos de una buena voluntad; pero cuando han penetrado ya en los pliegues del corazón, cuando se han apoderado de nuestra alma, cuando, por decirlo así, hánse encarnado en nosotros, entónces forman como una segunda naturaleza, y solo pueden arrancarse á costa de los más terribles esfuerzos. La ignorancia, pues, de estos defectos es un mal, tanto más grave, cuanto que el tiempo es impotente para destruirlos, y, al contrario, á medida de su duración, echan más hondas raíces. Una persona llena de defectos vive muchos años: todo el mundo ve sus defectos; todos sufren por ellos, porque en mil ocasiones producen amargos frutos; pues bien, esa persona los ignora; es la sola que los ignora, y ni siquiera tiene de ellas la menor sospecha. Son muchas las personas que llegan á una edad avanzada, sin abrigar la menor sospecha de defectos que los hacen desgraciados. Si por casualidad un amigo se atreve á insinuarles que tienen ese defecto, muéstranse llenos de sorpresa; y dado que despues de haberle conocido, traten de corregirse, necesitan un valor sobrenatural.

En segundo lugar, hay defectos que no los queréis conocer; lo que, por cierto, es más perjudicial que la simple ignorancia de ellos. Como lo hemos dicho, muchas veces los defectos no se conocen; pero es todavía más triste, ver, que, con frecuencia, no se los quiere conocer. Hay en el corazón del hombre cierta disposición, que le inspira disgusto de su propio conocimiento, ó porque no quiere reprobárselo que hace, ó porque le disgusta hacer el menor esfuerzo para corregirse. No se quieren conocer los defectos íntimos, los defectos de nuestra naturaleza, porque nos tocan demasiado de cerca. Vemos la

mota en el ojo de nuestros hermanos, y no vemos la viga en el nuestro. No sabemos tolerar que se califique de defectuoso nuestro carácter; acerca de esto la menor contradicción nos irrita, la más insignificante reprensión nos exaspera. ¡Ilusión funesta! «Cuida, dice el Salvador, de que la luz que hay en tí no se convierta en tinieblas; porque si lo que debe ser luz en tí es tinieblas, las mismas tinieblas ¿cuán grandes serán?»

Por último; hay defectos que se conocen, pero que no se quieren corregir; en este caso se falta al deber y á la virtud con un acto de infidelidad positiva; infidelidad no ménos culpable que funesta. De lo que acabamos de decir, puede muy bien deducirse, que es de la más alta importancia conocer sus defectos, y conocerlos lo más pronto posible; desear conocerlos, y por lo mismo, buscar los medios para esto necesarios; y que es inexcusable el que no quiere corregirse de ciertos defectos, pues sus consecuencias pueden llegar á ser incalculables. La historia nos ofrece sobre el particular ejemplos terribles y espantosos.

Los defectos se clasifican, por su naturaleza, en corporales, intelectuales, y morales. Los defectos corporales, físicos, exteriores, no dejan de tener importancia; pues no pocas veces impiden que ocupemos en la sociedad la posición á que estábamos destinados. Cierta modo de andar, modales groseros y torpes, pueden ser un obstáculo para la estimación, confianza y respeto de que tendríamos necesidad cerca de muchas personas, que sólo nos conocen por nuestras relaciones exteriores. Algunas enfermedades, ignoradas, á veces, por las mismas personas que las padecen, pueden causar un disgusto invencible á personas bien intencionadas y sensatas. Una voz desagradable, ademanes ridículos y maneras vulgares, inutilizan muchas veces los efectos del talento, así en los tribunales como en las cátedras. Hé aquí defectos que convendría conocer cuanto ántes, para poder corregirse de ellos; y sin embargo, pocos son los que, avisados de ellos, se muestran agradecidos.

Más que los físicos, conviene conocer los defectos intelectuales. Acerca de esto, la ignorancia es más completa, y de ordinario, ni nuestros mejores amigos nos avisan de ellos. Estos defectos son diferentes, y más ó menos graves; hay, por ejemplo, defecto de gusto, que impide que demos á luz nada que sea á un tiempo brillante y sólido, y que, con frecuencia, nos conduce á extravíos los más ridículos; defecto de juicio, cuyas consecuencias pueden ser fatales, porque, á veces, precipitan en faltas enormes é irreparables; defecto de imaginación, que puede hacernos incapaces de ciertas funciones: en

vano el que tiene ese defecto se aplicaria á ellas, pues no haria más que perder el tiempo; defecto de penetracion, con el cual no podeis desempeñar ciertos negocios graves é importantes; defecto de sensibilidad, que, en ciertas ocasiones, impide practicar algunas acciones muy agradables á Dios, puesto que con él no se ganan los corazones, no se sabe compartir con ellos el júbilo y el dolor, ni alentar ó consolar á sus semejantes. De estos defectos tan graves, y de otros muchos que omito, y que tanto importa conocer, nadie se atreverá á hablarlos; porque temen disgustaros y heriros al vivo. Si fuésemos humildes, y tuviésemos deseos de corregirnos, no faltaria quien nos hiciera conocer nuestros defectos.

Los defectos morales son, sin duda, los más graves, pues, si no son pecados, son, á lo ménos, origen de ellos. Entre estos defectos, algunos, son naturales, quiero decir, que provienen del carácter, de la naturaleza del individuo: otros son, por decirlo así, sobrenaturales, esto es, la consecuencia de la pérdida de la justicia original. Los defectos naturales de este género, casi siempre provienen de una cualidad, que fuera preciosa, si desapareciese el defecto que la exagera y afea. Por ejemplo, un carácter firme, está expuesto á mostrarse duro; un carácter vivo, á mostrarse brusco. Corrijanse estos defectos, y entónces tendremos firmeza, actividad y celo, que son cualidades muy preciosas. Hay, empero, defectos naturales, que no ocultan ninguna buena cualidad; y por lo mismo, son más despreciables y perniciosos. Un carácter ligero y caprichoso, trae consigo consecuencias trascendentales: la disipacion y la indiscrecion son, en toda edad, peligrosas. Estos defectos podrian corregirse ó paliarse, practicando las virtudes opuestas. La verdadera humildad sabe descubrir estos defectos, y la perseverancia cristiana triunfa de ellos.

2. Los defectos morales sobrenaturales, son las consecuencias del pecado original; así es, que nadie está exento de ellos. Uno de los caracteres de la divinidad de las santas Escrituras, es el modo elaro con que nos descubre aquellos defectos, que son como el origen de los demás; y en ellas reconocemos la mirada de Dios, que sondea las llagas del corazon humano, y las pone á nuestra vista con todas sus miserias. *Todo lo que hay en el mundo*, dice San Juan, *es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida*. Estas pocas palabras son la explicacion más completa de todas las cosas humanas: con ellas todo se comprende en el mundo, lo pasado y lo presente; y sin ellas, el mundo moral no es más que un enigma.

Soberbia de la vida. El orgullo es, entre estos tres principios del mal, el más fecundo; y si bien se examina, es el padre de los otros dos. La sagrada Escritura nos dice, que la soberbia es el principio de todo pecado. Sin embargo, como para referirlo todo al orgullo, seria necesaria mucha reflexion, nos serviremos de la designacion explicita, que San Juan nos hace de los tres principios del mal, á saber: orgullo, sensualidad y curiosidad de los ojos, para que con más facilidad se comprenda el origen de nuestros defectos. Como el orgullo tiene una fecundidad prodigiosa, y además, es un vicio universal, por eso lo ponemos en primer lugar.

El orgullo es, por de pronto, el padre de la incredulidad, de la apostasia, y de la impiedad. Si no se cree, ó lo que es más comun, si se aparenta no creer, es, ó porque se quiere hacer ostentacion de una inteligencia superior á la de los otros, ó para divinizar, en cierto modo, su propia razon; alguna vez, tambien, es por la manía de aparecer espíritu fuerte. La impureza, aunque sea fruto inmediato de la molicie, es, no pocas veces, el castigo del orgullo. Dios acostumbra castigar este vicio con pasiones de ignominia: la experiencia nos lo demuestra con horribles ejemplos. La desobediencia tampoco reconoce otro origen que el orgullo: se desobedece á la autoridad más legitima y discreta, porque no se quiere reconocer otra regla de conducta, que la propia voluntad. Las pasiones feroces, los grandes crímenes, los ódios, las venganzas, casi siempre son partos del orgullo. Tambien produce la envidia y los celos contra todo lo que nos humilla por su superioridad. La grosería, la incivilidad, las murmuraciones, las respuestas insolentes, son otras tantas rebeliones orgullosas de un espíritu, que no quiere reconocer su debilidad ó su culpa. La cólera y las injurias son chispas de un orgullo, que á toda costa quiere hacerse superior á todos los demás. Las criticas nos gustan, porque humillan á los otros, y parece que nos sirven de pedestal para elevarnos. La dureza para con los pobres, la altanería y la arrogancia; la vanidad, que no es más que el deseo de agradar y el amor á las alabanzas; la ostentacion, que consiste en hablar con frecuencia de sí mismo, y en aplaudirse, son redes bien conocidas del orgullo, para que el que adolece de estos defectos pueda dudar, que sea este vicio la llaga de su alma. La susceptibilidad, que se irrita por la más ligera observacion, ó por la más infundada sospecha, no es otra cosa, que cierta ternura para consigo mismo, ternura hija del orgullo. La ambicion de gloria, de grandeza, revela tambien el orgullo del corazon. La hipocresía, que pretende ocultar con el manto del honor, las vergonzosas miserias del corazon, y la pobreza

intelectual y moral; la mentira, que trabaja para desfigurar la verdad; la avaricia, que no dice nunca: basta; el espíritu de indocilidad, el espíritu de independencia, el espíritu de contradicción, y mil otras pasiones, no ménos horribles que funestas, son también hijas del orgullo. Siempre, y en todas partes, el yo, el egoísmo, quiere dominar, sacrificarlo todo en provecho suyo, y hasta pretende que se le adore. Tal es la horrible descendencia del orgullo; vicio tan venenoso para el alma y para el corazón, que podemos decir con toda verdad, que la humildad, su antídoto, bastaría para devolver á todos los hombres la virtud y el buen sentido. La enumeración que acabamos de hacer, aunque larga, no por esto deja de ser incompleta; para completarla sería necesario escribir un tratado de moral, que dilucidase las más altas cuestiones acerca de la sociedad, de la familia, del individuo, de la religión y de la política.

La sensualidad, la molice, *concupiscentia carnis*, es la más vil de nuestras malas inclinaciones. El orgullo es una locura, es una usurpación criminal; pero en él brilla un resto de dignidad; es el espíritu que se honra á sí mismo con exageración; la sensualidad, por el contrario, nada tiene que no sea indigno, es la más miserable y vergonzosa esclavitud del alma; la sumisión del espíritu á la carne. El sensual no reconoce otra ley que su cuerpo; su inteligencia se entorpece; y una vez sumido en el fango, ya no tiene gusto por las cosas nobles y puras. La sensualidad produce la lujuria, vicio vergonzoso, cuyos efectos son los más degradantes; la gula, la intemperancia, el desprecio de las leyes de la Iglesia, la ociosidad, la pereza, la inconstancia, la dureza del corazón, la dispación, y la pusilanimidad. El hombre sensual no tiene valor para practicar la virtud, ni constante aplicación para dedicarse á las ciencias. En él los sentidos lo dominan todo de tal manera, que apenas se diferencia del bruto. El ejercicio de la inteligencia le fatiga, el amor del bien halla su corazón desfallecido, y, á veces, endurecido: tales son los frutos de la sensualidad.

Finalmente, la curiosidad, *concupiscentia oculorum*, es el tercer principio del mal que nos descubre San Juan. Esta curiosidad, llamada aquí concupiscencia de los ojos, porque todo desea verlo, comprende todas las propensiones indiscretas para ver, sentir, y saberlo todo. Es al amor del placer, es la puerta del alma abierta á todo lo que nos viene por los sentidos; es el placer de los ojos, que desean verlo todo, el placer de los oídos, que se complacen en escucharlo todo, el placer del gusto, que todo quisiera probarlo. Es muy perjudicial permitir que el alma se muestre, no solo accesible, sino

dispuesta á recibir todas las impresiones que le vienen de fuera. En la juventud, sobre todo, cuando se empieza á conocer los secretos de la vida, el amor de las cosas visibles puede, si el jóven no vela con mucha atención, dejar penetrar en su interior multitud de tiranos, no ménos viles, que despreciables; y desde el momento que hayan entrado, pierde todo dominio sobre sí mismo, y se vé arrastrado por un torbellino de ilusiones, que le hacen sacrificar la virtud, y el deber. La curiosidad, sino es el origen de todos los vicios, es, á lo ménos, quien les da entrada en nuestra alma.

He analizado individualmente los defectos y los malos principios que los producen. Cuando un defecto se presenta aislado, puede más fácilmente tolerarse, pues sus consecuencias tal vez no llegarán á ser desastrosas. Pero si los defectos de diferentes clases se combinan, las consecuencias serán infaliblemente terribles. Cuando el orgullo, por ejemplo, se combina con los defectos de la inteligencia, serán inevitables todas las consecuencias perniciosas, que provienen de la falta de luces, pues el orgullo ciega é inspira á un tonto una necia confianza en su talento. Si, por desgracia, el orgullo se une á la molice; qué terribles han de ser las consecuencias de esta unión, estando inficionados el alma y el cuerpo! Por último; si á cualquiera de los grandes defectos de la inteligencia y del corazón se añade la curiosidad; el mal, introduciéndose por todos los poros, no hallará obstáculo alguno que le impida causar, á su placer, los mayores estragos en el alma. La curiosidad induce al amor del mundo, y este amor es la causa de cuantos estragos deploramos. Procuremos, pues, evitar la curiosidad, y con ella evitaremos también la sensualidad y el orgullo, que son los otros dos grandes principios del mal.

DEFECTOS DEL PRÓJIMO.

*Audisti verbum adversus proximum tuum?
commoriatur in te.*

¿Oíste alguna palabra contra tu prójimo?
Sepúltala en tu pecho.

(*Eccli. xix, 10.*)

Habiendo entrado Jesucristo en casa de uno de los principales fariseos á comer en un día de sábado, sus enemigos le estaban acechando. En esto entró en la sala del convite un hidrópico; y el Salvador, volviéndose hácia los doctores de la ley y los fariseos, les preguntó: ¿Es lícito curar en el día de sábado? Los doctores de la ley y los fariseos callaron; y el Señor les dirigió esta otra pregunta: ¿Quién de vosotros, les dijo, deja de sacar en sábado á la caballería que se le cayó en un charco? ¿Acaso, pues, los brutos son más acreedores á nuestra compasion que los hombres? ¿Qué decís? Nada pudieron responder los fariseos. Entónces Jesucristo devolvió la salud á aquel pobre hidrópico, y al propio tiempo nos dió un ejemplo para que sufriéramos con paciencia las calumnias; pues hasta su más loable misericordia llegó á ser reprendida de la malicia.

Aunque el mundo, señores, llame rigor á vuestro celo, mezquindad á vuestra parsimonia, hipocresia á vuestra devocion: aunque el mundo, señoras, os llame rústicas inciviles á las que aborrecéis la ociosidad, y os apartais de aquellas conversaciones y tratos en que tanto pelagra la pureza; no os cause novedad, ni os perturbe, porque siempre ha sido maligna y detestable la conducta de los mundanos. El mundo, despues de haber tenido á gran culpa que los apóstoles, rudos pescadores, se sentáran á la mesa sin lavarse las manos, se atrevió á fiscalizar á su inocentísimo Maestro. Los fariseos le acusaron de que trataba con personas de mala conducta; y le reprendieron porque curaba en sábado á los enfermos.

Gran consuelo, hermanos míos, para cuando os veais desprecia-

dos, calumniados, perseguidos; pues en esto os pareceis á vuestro divino Maestro, que fué tratado como sedicioso, hipócrita y endemoniado. Gran maldad la de los maldicientes, que intentan desacreditar las virtudes mismas. Pero aún cuando sean ciertos los defectos de nuestros prójimos, no podemos darlos al público, ni descubrirlos en secreto; y en caso de haberlo hecho, debemos reparar la injuria. Ved ahí lo que me propongo demostraros, despues de haber pedido los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dice San Agustín, que el hombre, compuesto de cuerpo y alma, es de dos modos objeto de la caridad cristiana. La caridad le socorre en sus necesidades temporales: si está desnudo, le viste: si está hambriento, le alimenta: si está en la cárcel, le visita. La caridad sirve de ojos al ciego; de manos al manco; de piés al paralítico: es un remedio universal para las enfermedades del cuerpo; y es igualmente eficaz para las del alma. Si un hombre vive en las tinieblas de la ignorancia, la caridad le alumbrá; si desfallece al rigor de una pena, la caridad le alienta; si lleva una vida escandalosa, la caridad le corrige. En su sencillez, la caridad no piensa mal de nadie: es generosa para alegrarse de la virtud ajena: tranquila para sufrir á los pecadores, y aguardar su conversion: desprovista de orgullo y odio, encubre las faltas que no puede evitar. Las propiedades de la maledicencia son enteramente contrarias á las que el Apóstol atribuyó á la caridad, y son las siguientes: Sospechosa, siempre piensa mal de sus prójimos. Impaciente y precipitada, publica sus defectos. Envidiosa, se goza de sus debilidades y flaquezas. Soberbia, se eleva sobre ajenas ruinas. Cruel, en vez de endulzar las llagas del prójimo, las vuelve incurables.

Con todo, si creemos á los más finos maldicientes, no es la envidia, el orgullo y el odio el que les hace hablar, sino la gloria de Dios, el honor de la Iglesia, y el bien comun. Segun ellos, no es malo irritar á los pecadores á fin de corregirles; y cuando no toman el consejo que se les da, es bueno manifestar al mundo lo que son. Bajo este especioso pretexto, los que al parecer son más virtuosos, son á veces los primeros que se toman la fatal libertad de publicar los defectos ajenos. Luego que un hombre, dice San Jerónimo, comienza á vivir una vida regular, luego que una mujer está reputada por devota y modesta, piensa haber adquirido derecho á censurar las vidas ajenas; y siempre toman en boca la gloria de Dios, el honor de la Iglesia, y el bien comun, como si su maledicencia no se opusiere á estos fines, que fingen proponerse. Se opone á la soberanía de Dios,

á quien privativamente toca juzgar nuestras acciones. Se opone al honor de la Iglesia, que se funda en el honor de sus miembros. Se opone al bien comun, que se interesa en defender no ménos la reputacion que la vida de sus ciudadanos. Y se opone al amor del prójimo, pues si verdaderamente le amasen, no le quitáran el honor y la fama, sino que le corregirian en secreto.

Cuando José, en su impaciencia por darse á conocer á sus hermanos, hizo salir á los demás para decírlas á solas: Yo soy José á quien vendisteis, acreditó claramente el especial amor que les tenia. Quiso que se acercáran sus hermanos, y que se apartáran los egipcios, para que éstos no tuvieran la menor noticia de la crueldad de aquéllos. Así debéis hacerlo vosotros, hermanos míos, si quereis que crea que la caridad os mueve á proferir sus defectos y faltas. Porque de otra suerte, diré que la envidia que teneis á su honor y fama, os mueve á publicarlas. Y si solo en secreto, y á tono de lástima las descubris á otros, no por eso os librais de la culpa de maldicientes. No será contumelia vuestra maledicencia, pero será murmuracion. Serán vuestras palabras como el áspid, que muerde en silencio y sin estrépito: como una bebida en que el arte disimula el veneno. Será vuestra conducta no solo culpable á los ojos de Dios, sino vil á los ojos del mundo.

Si quereis perder á vuestros prójimos, fingiendo darles cierta honra, no manifesteis compadeceros de sus defectos, no vayais á descubrirlos en secreto: declaraos francamente sus enemigos, y acusádesles en público. Así lo practicaban los antiguos romanos. ¿Quereis como cristianos hacer bien á todos vuestros prójimos? El medio no es costoso: explicadles sus defectos, y aconsejadles la enmienda. Así sereis el Samuel de los Saules, el Natan de los Davides, el Miqueas de los Acabes, así usareis de aquella autoridad que os da Dios en el Evangelio. Si no teneis celo para corregir fraternalmente los defectos de vuestros prójimos, á lo ménos calladlos.

Me direis que no es la envidia, ni el oido la causa de descubrir los defectos ajenos: es la ligereza de vuestro genio, y la precipitacion de vuestra lengua. Así lo creo; mas no por eso dejais de ser culpables. Sabiendo que es habitual vuestra locuacidad y ligereza, debierais tomar las precauciones necesarias para corregirla: debierais haceros violencia para callar, é imponeros alguna pena por haber hablado mal: debierais confesar vuestra inconsideracion, y manifestar que os desagrada, para que, siendo de alguna manera involuntaria, fuera ménos culpable vuestra maledicencia. Pero viendo que dais á vuestra lengua la licencia de decir todo lo que quiere, que

no os cuidais de corregirla, ni de reparar el daño que causa, ¿cómo puedo dejar de creeros culpados?

Si la maledicencia fuera un pecado cuya reparacion fuese fácil, ó que siendo difícil, pudiera suplirse con otros medios, no me inspiraria tanto horror. Pero cuando, por una parte, se me representa que las heridas causadas por este pecado, moralmente hablando, son incurables, y por otra, veo que los santos padres y teólogos unánimes defienden, que es incapaz de perdon el maldiciente, que no quiere reparar el mal que hizo á su prójimo; confieso que tiemblo, y me aflijo sin consuelo.

Almas timoratas, que teneis la dicha de no estar comprendidas en la funesta culpa de la contumelia ó murmuracion, no me creais á mí, creed al Espíritu Santo, que os da este consejo: Tened gran cuidado, dice, de no pecar con la lengua: no sea incurable y mortal vuestra caída. ECCLES. XXVIII, 30. Tened gran cuidado de vuestra lengua: el peligro de incurrir en la maledicencia es grande. Vuestras pasiones, el orgullo, la avaricia, la envidia, enemigos domésticos; el demonio, el mundo vuestros amigos, enemigos externos, os estimularán á que habléis mal de vuestros prójimos.

Tened cuidado con vuestra lengua. Son funestas y difíciles de remediar las consecuencias que traen consigo los excesos. ¿Hareis cuanto es menester para ser dignos del perdon? ¿Reprobareis y desmentireis lo que habeis dicho de vuestros prójimos? ¿No tendreis horror á desacreditaros en el mundo? ¿Querreis ser reputados por hombres ligeros, por calumniadores? Supongamos, que por salvaros hagais cuanto se os manda; ¿conseguireis restituir la fama que quitasteis? El mundo, que con tanta facilidad cree lo malo, y con tanta dificultad lo bueno: el mundo perverso, que por autorizar sus desórdenes, se alegra de los escándalos: el mundo, de cuya maligna censura no están exentos los más virtuosos: este mundo, digo, ¿se dejará desengañar cuando vosotros direis que os engañasteis? Unos pensarán, que hablais por mandato de vuestro confesor, y otros creerán, que por alguna conveniencia particular cambiáis de lenguaje. ¿Cómo, pues, volveréis la reputacion que quitasteis á vuestros prójimos? ¿Cómo reparareis el daño que causasteis?

2. Mas no por la gran dificultad que hay en volver la reputacion al prójimo, se disminuye la obligacion de hacer los mayores esfuerzos para conseguirla. Es indispensable esta obligacion. Aunque tengais el más vivo dolor de haber publicado los defectos del prójimo, y el más firme propósito de no murmurar, como no hagais lo posible para reparar el daño que causasteis á vuestro prójimo, no al-

canzareis el perdón de vuestra culpa. Es obligación personal. La hacienda hurtada puede restituirla el confesor, ó cualquier otro: la honra y la fama que quitasteis, debéis restituirla personalmente. Vosotros mismos debéis buscar á aquel ó aquellos á quienes descubristeis los defectos y faltas ajenas, para decirles que fué falso lo que dijisteis, pues todo pecado puede llamarse falsedad; y debéis añadir á la retractación las mejores recomendaciones y elogios del sugeto á quien desacreditasteis. Esta obligación no puede conmutarse. Las oraciones, las lágrimas, las penitencias, las limosnas os serán inútiles sin la restitución que os prescribe la justicia: obligación ejecutiva, que no sufre dilaciones. Porque la infamia con el tiempo se divulga, y se acrecienta; la llaga se corrompe, y cancera; y así pide el más pronto y eficaz remedio.

Quiera Dios que mediteis debidamente estas circunstancias, para que, concibiendo un justo horror á la gravedad de la contumelia y murmuración, y á lo funesto de sus efectos, pongais freno á vuestra boca, y peseis muy bien todas vuestras palabras. Pero no quisiera que lo que acabais de oír perturbára vuestras conciencias, haciéndoos creer, que hay pecado mortal en descubrir las más ligeras faltas de vuestros prójimos. No: la misma parvedad de la materia, que no basta á quitar la fama, tampoco es suficiente para hacer grave la culpa. Ni ménos quisiera que confundierais la maledicencia con la invectiva. Hay notable diferencia entre descubrir los defectos y las faltas del prójimo, y culparlos cuando son públicos. Lo primero es maledicencia, lo segundo es celo. He oído á muchos empeñados en decir, que todos son buenos. Llevan á ajusticiar á un asesino, y dicen que le tienen por inocente, sin reparar que con esto hacen delincuentes á los jueces que le condenaron. Ven una acción evidentemente escandalosa, y buscan medios ingeniosos de disculparla, sin advertir, que con esto inducen á los demás á que hagan otro tanto. No es esta conducta conforme á la caridad, cuyo celo nos obliga á aborrecer y á declamar contra las públicas maldades. No es conforme á la justicia, pues quita á la virtud las alabanzas que dá al vicio. No es conforme á la razón, que prescribe un medio entre la maledicencia y la lisonja. Tanto amenaza Isaiás á los que califican de bueno á lo malo, como á los que llaman malo á lo bueno: *Væ vobis dicentibus bonum malum, malum bonum.* Is. v, 20.

Entre estos dos extremos debéis caminar, amados oyentes, condenando y reprendiendo las maldades públicas, y encubriendo las faltas ocultas de vuestros prójimos. ¡Dios mío! vos solo podeis reprimir las lenguas de los que todo el día lo emplean en hablar de los

defectos y de las faltas que con curiosidad descubren. Vos podeis romper las plumas de los que con sátiras y libelos famosos desacreditan lo que hay de más venerable. Vos, Señor, podéis poner á vuestras bocas aquel candado que os pedia David para la suya: *Pone, Domine, ostium circumstantiæ labiis meis.* PSALM. CXL, 3. Hacedlo, Dios mío, para bien de los hombres maldicientes. Haced que la lengua que nos disteis, solo la empleemos en alabarnos y bendeciros acá en la tierra, para que tengamos despues la dicha de cantar vuestras alabanzas por toda la eternidad en el cielo.

DELEITES: Véase, PLACERES.

DEMONIO.

I.

Ductus est Jesus in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo.

Jesús fué conducido del Espíritu al desierto, para que fuese tentado por el diablo.

(Matth. iv, 1.)

La vida del hombre es una guerra continua sobre la tierra, y podemos decir, que apenas acaba de nacer, cuando ya ha de salir al campo para pelear. Pero los combates del espíritu son muy diferentes de los combates del cuerpo. En éstos se trata de vencer á los hombres, en aquéllos de vencer á los demonios: en éstos se intenta desbaratar escuadrones, romper líneas, forzar trincheras, sitiar plazas, arruinar murallas, minar castillos y consumir un ejército por hambre ó exterminarle á sangre y fuego; en aquéllos los enemigos